

## REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CAROLINA.....	SRA. PINO.
JUANA.....	SRITA. LASHERAS (R.)
DON FRANCISCO.....	SR. ROMEA.
BERNARDO.....	" LARRA.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

Queda asegurada la propiedad de la obra por el editor, conforme á la ley.

## ACTO UNICO

Gabinete elegante. Puerta al foro y laterales; ventaná con persiana y tiestos en segundo término izquierda del actor. Chimenea al foro derecha con reloj y candilabros y dos caballetes con retratos: uno de señora y otro de caballero. Al foro izquierda piano. A la derecha de éste un misiquero con papeles de música; encima del piano dos jarrones elegantes. A la derecha, entre las dos puertas, un "bureau" de forma elegante; sobre el "bureau," y colgado de la pared, un espejo caprichoso. En el primer término izquierda un velador ó mesita, y á su derecha una butaca; en primer término derecha un costurero, y á su lado una silla dorada de las llamadas de rinconera, ó una butaquita. Tres sillas volantes: una junto al "bureau," otra á la derecha de la chimenea y otra al lado del velador; entre la ventana y la puerta lateral izquierda un "etagère" con varias figuritas de porcelana, lo mismo que encima del piano y sobre el "bureau," en el marco de la ventana y á altura conveniente una jaula con un canario. Sillas de tapicería, cortinajes, alfombra, etc.

### ESCENA PRIMERA

CAROLINA en traje de viaje y JUANA!

CAR. (Mirando el saco de mano que tendrá abierto sobre el velador.) Los polvos de arroz..... el llavero..... los peines..... ¿Y las horquillas? ¿Dónde has puesto el paquete de horquillas? (1)

JUANA. Ahí debe de estar, señorita.

(1) Derecha del actor: Carolina, Juana.

- CAR. Aquí debía estar; pero no está. ¡Ah! Sí.... no lo había visto. Bueno. Me parece que no me falta nada.
- JUANA. No se le vaya á olvidar á usted el dinero.
- CAR. No; descuida. Ya lo tengo en el bolsillo. Con que ya lo sabes: en cuanto yo salga para la estación te vas á casa de tu hermana, y el domingo por la tarde bajas á esperarme.
- JUANA. Está muy bien, señorita. (1)
- CAR. No me parece regular dejarte sola en casa.
- JUANA. Como usted guste, señorita.
- CAR. Si ves que el domingo no llego en el tren, no te alarmes. Será que mi tía no me deja venir. La pobre hace dos meses que no cesa de suplicarme que vaya al Escorial á pasar unos días á su lado.
- JUANA. Por mí puede estar la señorita en el Escorial todos los días que se le antojen.
- CAR. Ya lo sé. ¡Pues no faltaba más sino que tú me lo prohibieras!
- JUANA. No digo eso, señorita.
- CAR. *(Acercándose á la jaula del canario y haciéndole caricias.)* ¡Pobrecito mío! ¡Qué solo vas á estar estos días! ¡Monín!.... ¡Rico!.... Mira, mujer, si parece que se pone triste porque me marchó. ¿Dónde están los bizcochos?
- JUANA. Ahí los tiene usted. *(En la parte baja del «tagère» donde habrá además una cajita que se supone con alpiste.)*
- CAR. Toma, hijo mío, toma un bizcochito. Todos, todos son para tí. — Oye, Juana: ¿Le has dicho al portero que subiera á enterarse de lo que ha de hacer?
- JUANA. Sí, señorita; se lo dije esta mañana al subir los buñuelos.
- CAR. Pues, ¿en qué piensa ese animal que no viene?
- JUANA. Iré á llamarle. *(Medio mutis.)*
- CAR. ¡Deja! A ver si está en el patio. *(Asomándose á la ventana y separando la persiana con la mano.)* Sí;

(1) Juana, Carolina.

allí está tumbado al sol y durmiendo como un bendito. ¡Bernardo!.... ¡Bernardoo!.... ¡Que si quieres! Estaba por tirarle un tiesto.... ¡Bernardoo!.... ¡Gracias á Dios! ¡Sí, hombre, sí!—Ya se lo ha dicho á usted la muchacha.—¿Eh?—¡Pues claro!—Ahora, si señor, ahora! *(Retirándose de la ventana.)* ¡Portero más cachazudo no lo he visto en los días de mi vida! Ya te lo dije cuando nos mudamos: «el cuarto me gusta y el mobiliario me lo ceden en buenas condiciones; pero el portero se me figura que ha de ser una calamidad.» No me he equivocado. ¡Qué diferente de Matías, el de la calle del Olivar! Este tiene una amabilidad que me ataca los nervios. Todas las mañanas, cuando bajo la escalera, me sale al encuentro y me pregunta que cómo he pasado la noche. Figúrate tú..... ¿qué le importará á él saber si yo paso las noches bien ó mal? Y si fuera eso sólo..... Pero como una le dé cuerda, ya tiene conversación para rato. No cesa de hablar de sus desdichas y de la soledad en que le dejó la difunta, como él la llama. No puedo, vamos, no puedo con ciertas gentes. *(Suena la campanilla.)* Lllaman. Debe de ser ese posma. Dile que pase. *(Vase Juana por el foro derecha.)* Por fortuna, honrado sí creo que lo es. Lo cierto es que en Madrid estamos completamente á merced de los porteros.

## ESCENA II.

CAROLINA, BERNARDO y JUANA.

- BERN. Santos y buenos días tenga usted, señorita.
- CAR. *(Con sequedad.)* Felices.
- BERN. ¿Cómo ha pasado usted la noche?
- CAR. *(Con sorna.)* Bien, ¿y usted?
- BERN. Yo, mal, señorita. Desde que me falta la difunta yo no sé lo que es pasar una noche tranquila. Usted no ha conocido á mi Lorenza y por eso no puede comprender..... *(Juana ayuda á Carolina á ponerse el abrigo y el sombrero.)*

- CAR. Como si lo comprendiera. No se moleste usted en explicármelo porque estoy muy de prisa. (1)
- BERN. Usted perdone, señorita; pero cuando un hombre vive treinta y siete años con una mujer y no tiene más cariño que el de esa mujer, y luego se lleva Dios á esa mujer.... (*Lloriqueando*).
- CAR. ¡Pero, Bernardo!
- BERN. Usted perdone, señorita, usted perdone.
- CAR. Perdonado, hombre, perdonado.
- BERN. Muchas gracias. (*Enjugándose las lágrimas.*)
- CAR. (*A Juana.*) ¡Vete á buscar un coche de punto, mujer! (*Vase Juana por el foro.*) Le he llamado á usted para decirle que me marcho ahora mismo. Voy á pasar unos días con mi tía en el Escorial.
- BERN. ¡El Escorial!..... (*Lloriqueando.*) ¡Qué recuerdos, Dios mío!
- CAR. ¿Qué? ¿También le recuerda á usted algo triste el Escorial? (*En tono burlón.*)
- BERN. Sí, señora. ¿No ve usted que mi difunta se llamaba Lorenza?
- CAR. Bueno, bueno. Pues, mire usted: como mi ausencia ha de durar unos cuatro ó cinco días y la muchacha se irá á casa de su hermana, quiero que usted se enargue.....
- BERN. Descuide usted, señorita. La inquilina anterior que, como usted sabe, era una cómica del teatro, siempre que salía de casa nos dejaba las llaves. (*Transición.*) Por cierto que mi pobrecita mujer era la que..... (*Gimoteando.*)
- CAR. Hijo, se pone usted inaguantable. (2)
- BERN. Tiene usted razón. Ahogará la pena.
- CAR. Sí, hombre, ahóguela usted. Lo que deseo es que ventile usted el cuarto todas las mañanas y que cuide usted muchísimo de mi pájaro y de mis flores. No deje usted de regar los tiestos todos los días.... y aquí tiene usted alpiste y bizcochos para el canario.

(1) Juana, Carolina, Bernardo.

(2) Bernardo, Carolina.

- BERN. Está perfectamente.
- CAR. Si viniera alguna visita le dice usted lo que pasa.
- BERN. ¿Y qué es lo que pasa?
- CAR. Pues hombre, que me he ido con mi tía al Escorial. (Jesús qué calamidad). (1)
- BERN. Está muy bien, señorita. Estos son los bizcochos ¿verdad? [*Cogiendo el papel con los bizcochos.*]
- CAR. Naturalmente. [*Arreglándose al espejo.*] No le ponga usted nunca más que medio, porque podría pillar una indigestión el pobrecito.
- BERN. Así lo haré. Vaya usted confiada. (*Se queda al lado de la ventana y de espaldas á la escena.*)
- JUANA. (*Por el foro.*) Abajo tiene usted el coche, señorita.
- CAR. Pues, andando.
- JUANA. Bajaré con usted.
- CAR. No, deja. Dame el saquito. ¿Dónde he puesto el llavero? ¡Ah! Aquí está. [*En el bolsillo.*] ¡Adiós, retemonísimo! (*Desde cerca de la puerta del foro y dirigiéndose al canario.*)
- BERN. [*Volviéndose y con risa cómica.*] ¡Qué gana de bromita tiene usted, señorita!
- CAR. ¡Yo!
- BERN. Mire usted que llamarme retemonísimo!.....
- CAR. No sea usted majadero. Me dirija al canario.
- BERN. ¡Ah! [*Mirando á la jaula.*] Usted dispense.
- CAR. Con que hasta la vuelta.
- JUANA. Adiós, señorita; hasta el domingo. (*En la puerta del foro.*)
- BERN. Vaya usted con Dios, señorita Carolina; muchas memorias á su señora tía.
- CAR. ¡Cómo! (*En la misma puerta del foro.*) ¿Usted conoce á mi tía?
- BERN. No, señora; pero los porteros tenemos que estar bien educados. Es una de las cosas en que más se fijaba la pobre difunta.
- CAR. ¡Vaya; abur! [*Es iusufrible!*] [*Vase por el foro derecha.*]

(1) Carolina, Bernardo.

JUANA. Que lleve usted feliz viaje, señorita.  
 BERN. Que no tenga usted novedad. *(En el foro.)* Sí, señora; sí. Ya sé que la llave queda colgada. Usted lo pase bien. *[Bajando desde el foro.]*

ESCENA III.

BERNARDO y JUANA.

BERN. Es muy <sup>ido</sup> na esta señorita.  
 JUANA. Sí que lo <sup>es</sup>. (1)  
 BERN. Y muy decente.  
 JUANA. ¡Ya lo creo!  
 BERN. No se parece á la otra. *(Comienza á hacer reposadamente un cigarro de papel.)*  
 JUANA. ¿A cuál?  
 BERN. A la que ocupaba este cuarto, á la cómica, á doña Tula. La Tulita, como la llamaban los papeles. Aquella era el mismo demonio.  
 JUANA. ¿Sí, eh?  
 BERN. Cantar, cantaba que era una bendición de Dios; pero siempre andaba en líos con la justicia. Como que tuvo que deshacerse de todos estos muebles antes de que se los llevara la curia.  
 JUANA. ¿Y quién era la curia? ¿Otra cómica?  
 BERN. *(Al soltarsele la risa sopla sin querer el tabaco que tiene en la palma de la mano izquierda.)* No, mujer; el juez y los escribanos.  
 JUANA. ¡Ah, ya!  
 BERN. Pero, por lo demás, la señorita Tula era muy buena; sí, señor; y muy generosa. Nunca le hacíamos un recado sin que nos diera una buena propina..... Como la pobrecita vivía aquí sola..... es decir, casi nunca estaba sola..... *(Maliciosamente.)*  
 JUANA. ¿No, eh? *(Con curiosidad.)*  
 BERN. ¡Quía! En los ocho años que ocupó este cuarto le conocí lo menos treinta novios.  
 JUANA. Eche usted, hijo.

(1) Bernardo, Juana.

BERN. Lo que es para eso era atroz. ¡Y cómo los engañaba! Tuvo uno,—de los primeros,—un tal don Paco, que se marchó á Filipinas..... ¡Los miles de reales que le sacó á aquel buen señor! Como que todavía desde allá le mandaba dinero en casi todos los correos.  
 JUANA. A mi señorita también le mandan dinero de Filipinas.  
 BERN. ¿Sí, eh?  
 JUANA. Pero es un tío suyo. No vaya usted á creer otra cosa.  
 BERN. Basta que usted lo diga; pero á veces se lleva uno cada chasco..... ¿Conoce usted á la inquilina del principal de la derecha?  
 JUANA. ¿Cuál? ¿Esa señora gorda que tiene el pelo tan rubio?  
 BERN. No es rubio, es que se lo pinta para que no se le vean las canas. Me lo ha dicho la cocinera. Pues bien; la tal señora decía que era viuda de un magistrado y estaba viviendo con un sobrino, y el otro día llegó el marido, que no es tal magistrado, y el sobrinito tuvo que escapar por la ventana de la cocina, porque no era tal sobrino ni Cristo que lo valga.  
 JUANA. Pues, hijo, diga usted que en esa señora todo es mentira.  
 BERN. Todo, hasta el pelo. Si hay cada viuda en este Madrid.....  
 JUANA. Sí que habrá. (1)  
 BERN. La señorita Carolina es viuda, según parece.  
 JUANA. ¡Toma! Lo parece porque lo es.  
 BERN. Bien; pero ¿es viuda de verdad?  
 JUANA. ¡Oiga usted!.....  
 BERN. Lo digo porque como ayer vino una señora preguntando si vivía aquí doña Carolina Aguirre, viuda de Pega.  
 JUANA. Naturalmente. Viuda de Pega; de don José Pega.

(1) Juana, Bernardo.

BERN. ¡Ah, ya!  
JUANA. Este que está aquí. (*Señalando el retrato que habrá sobre la repisa de la chimenea.*) ¡Pobre señorito!  
BERN. Usted dispense; pero está uno tan escamado... ¿Con que este era el marido de la señorita?  
JUANA. El mismo. Y que está muy bien.  
BERN. ¿Hace mucho tiempo que se murió?  
JUANA. Pues hace tres años.  
BERN. ¿Sería joven?  
JUANA. Una edad regular.  
BERN. ¿Estuvieron poco tiempo casados?  
JUANA. Año y medio.  
BERN. ¿Se conocieron en Madrid?  
JUANA. No; en Guadalajara. (*Impacientándose con tanta pregunta.*)  
BERN. ¿No tuvieron familia?  
JUANA. No, señor.  
BERN. ¿Y él qué era?  
JUANA. Abogado.  
BERN. ¿Y de qué murió?  
JUANA. ¡De repente! ¡El demonio del hombre! ¡Pues no está usted poco preguntón!  
BERN. No le choque á usted. Los porteros necesitamos saber la vida y milagros..... Mi pobrecita Lorenza, que esté en gloria, sabía hasta las piezas de ropa interior que tenían todos los inquilinos de la casa.  
JUANA. Bueno; pues por hoy ya hemos hablado bastante. Voy á ponerme el mantón para salir. Ya sabe usted que me voy á casa de mi hermana.  
BERN. Sí; ya me lo ha dicho la señorita.  
JUANA. Hasta luego. (*Vase por la primera derecha.*)  
BERN. Vaya usted tranquila, que se han de encontrar la casa lo mismo que una patena. (*Se dirige á la ventana.*) ¡Hola, avechucho!..... (*Al canario.*) No te asustes, hombre. Toma, toma medio bizcocho. (*Se come la otra mitad.*) Y que son muy ricos. (*Come otro.*) Y muy tiernos..... Ya lo creo. Están como la espuma. (*Se come otro y como si estuviera hablando con el canario.*) ¿Verdad que están como la espuma?

Después de todo, más vale que se me indigesten á mí que al canario.  
VOZ. (*Arriba.*) ¡Portero!..... ¡Portero!.....  
BERN. (*En la ventana y hablando hacia arriba.*) ¿Qué se ofrece?  
VOZ. Haga usted el favor de subir.  
BERN. Allá voy. ¿Qué hueso se le habrá roto á la bruja del sotabanco? (*A Juana, que sale de la primera derecha con el mantón al brazo.*) Voy á la buhardilla. Si sale usted, puede cerrar la puerta que yo me llevo la llave.  
JUANA. Vaya usted con Dios. (*Vase Bernardo por el foro.*) ¡Cinco días libres! ¡Apenas me voy á divertir! ¡Ojalá que á la tía se le ocurra detener á mi señorita ha ta fin de la otra semana! ¡Con qué gusto coge una estos días de descanso! (*Mirándose al espejo y poniéndose el mantón.*)

ESCENA IV.

JUANA y D. FRANCISCO en traje de viaje característico. Trae una maleta y una manta de viaje con diferentes bastones.  
FRAN. (*Música de Marina.*)  
Costas..... las de mis pleitos;  
plaza de Lavapiés, (*En el foro.*)  
¡dichosos los ojos  
que os vuelven á ver!  
JUANA. (¿Quién será este tipo?)  
FRAN. ¡Al fin vuelvo á ver á mi adorada Tulita! (*Deja la maleta y la manta junto al piano.*) Pero ¿dónde está que no sale á recibirme? (*Al volverse se encuentra con Juana.*)  
JUANA. Caballero..... (1)  
FRAN. ¿Qué hay?  
JUANA. ¿A quién busca usted?  
FRAN. ¿A quién he de buscar? A tu señorita..... porque me figuro que tú serás la criada.

(1) Juana, Don Francisco.

- JUANA. Servidora de usted.  
FRAN. ¿Dónde está esa ingrata? Voy á sorprenderla. Estará en la cama todavía. (*Se dirige á la segunda derecha.*)
- JUANA. Oiga usted, señorito. (*Deteniéndole.*)  
FRAN. Si soy de confianza.  
JUANA. No digo que no; pero la señorita no está en casa.  
FRAN. ¿Ha salido?  
JUANA. Sí, señor.  
FRAN. Lo siento. ¿Y qué tal, cómo está?  
JUANA. Muy buena.  
FRAN. ¿Tan guapa como siempre, eh?  
JUANA. Sí, señor; muy guapa.  
FRAN. ¿Y de voz? ¿Cómo está de voz?  
JUANA. ¿De voz?..... Pues muy bien. ¡Vaya una pregunta!  
FRAN. ¿Tendrá muchas ovaciones?  
JUANA. ¡Ah, Sí, señor, muchísimas. (No sé lo que son, pero debe tener eso.)  
FRAN. ¡Qué sorpresa la suya cuando sepa que estoy aquí! No quise avisarle mi salida de Filipinas.  
JUANA. ¿De Filipinas? Pero ¿viene usted de Filipinas?  
FRAN. Sí, hija, sí. Anteaer desembarqué en Barcelona, y aquí estoy ya deseando darle un abiazo.  
JUANA. Ya sé quién es usted.  
FRAN. ¿Sí, eh?  
JUANA. Usted es el tío.  
FRAN. ¿Cómo?.....  
JUANA. El tío que le mandaba tanto dinero desde allá....  
FRAN. Justo; yo soy ese.... ese tío.  
JUANA. ¡Cuánto va á sentir la señorita no estar aquí! ¡Ella que le quiere á usted tanto!  
FRAN. ¿De veras, eh?  
JUANA. ¡Muchísimo!  
FRAN. ¡Pobrecita de mi alma! ¿Te gustan los abanicos japoneses?  
JUANA. ¿A mí? Sí, señor.  
FRAN. Pues aguarda. (*Se dirige á la maleta tarareando; la abre y saca un abanico japonés.*) Toma uno; te lo regalo. Es legítimo; del propio Japón.

- JUANA. Muchísimas gracias. ¡Es precioso!  
FRAN. ¿Con que, por lo visto, no me ha olvidado en la ausencia?  
JUANA. ¡Qué le había de olvidar! El año pasado, cuando decían los papeles que había por allá tanta fiebre encarnada....  
FRAN. Amarilla. Has confundido los colores.  
JUANA. Es verdad, amarilla. Pues bien, la señorita, para que usted no tuviera novedad, ofreció una misa á San Roque.  
FRAN. ¿A San Roque? ¡Pobrecita de mi alma! ¿Te gustan los pañolitos de bolsillo?  
JUANA. ¿No me han de gustar?  
FRAN. Pues toma uno. (*Lo saca de la maleta y se lo da.*)  
JUANA. ¡Ay, qué elegante!  
FRAN. Es de Ilo....  
JUANA. Pues parece de seda.  
FRAN. Digo que es de Ilo-Ilo, un pueblo de Filipinas.  
JUANA. ¡Las veces que la pobre señorita se ha acordado de usted! Y es lo que ella dice....  
FRAN. ¿Qué dice, qué dice?  
JUANA. Que, después de su padre, á quien ella debe algo en el mundo es á usted.  
FRAN. ¿De veras, eh? ¡Pobrecita de mi corazón! ¿Te gustan los mantones de Manila?  
JUANA. Ya lo creo. ¡Muchísimo!  
FRAN. Pues en Filipina los hay preciosos. (*Sentándose en la butaca de la izquierda.*) De esos no he traído ninguno porque pagan muchos derechos. (*Y yo que creía....*)  
JUANA. Oye, ¿tardará mucho en venir la señorita?  
FRAN. Cuatro ó cinco días.  
JUANA. ¿Cuatro ó cinco días! Pero ¿no está en Madrid?  
FRAN. No, señor; se ha marchado hace un momento.  
JUANA. ¿A dónde?  
FRAN. Al Escorial.  
JUANA. ¿Y á qué ha ido al Escorial? ¿A cantar?  
FRAN. ¿Cómo á cantar? No, señor; ha ido á ver á su tía.  
JUANA. ¿A su tía? ¡Ah, ya! Será la característica, aquella

vieja tan gruñona que le sirvió de tía algunas temporadas.) ¿Y en qué tren se ha marchado?

JUANA. Ella salió de aquí hace un cuarto de hora. Puede que no se haya marchado todavía.

FRAN. ¡Qué maldita coincidencia!

JUANA. ¿Quiere usted que haga una cosa?

FRAN. ¿Qué?

JUANA. Que vaya á buscarla á la estación. Acaso llegue á tiempo.

FRAN. Muy bien pensado. Vete á escape. (*Se levanta.*)

JUANA. Si á usted le parece tomare un coche.

FRAN. Eso es: toma un coche ó dos coches, los que necesites, pero, anda, vete volando..... ¿qué esperas?

JUANA. Señorito; esperaba el dinero.

FRAN. Es verdad; si no sé cómo tengo la cabeza. La emoción y la..... Toma un duro. (*Se lo da.*)

JUANA. En seguida doy la vuelta.

FRAN. La vuelta puedes guardártela. Te la regalo.

JUANA. Digo que en seguida doy la vuelta desde la estación.

FRAN. ¡Ah! ¡Ya!

JUANA. (*Poniéndose el pañuelo.*) [Con un huésped así no haré de faltar propinas.] Hasta luego, señorito.

FRAN. Vete con Dios y dile que aquí la espero con los brazos abiertos.

JUANA. Se va usted á cansar en esa postura. Es mejor que la espere usted sentado.

FRAN. Anda, anda; y déjate de hacer chistecitos.

JUANA. Voy, voy. (*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA V.

D. FRANCISCO.

Todas las criadas de la gente de teatro son lo mismo: unas bachilleras inaguantables. Al fin estoy en Madrid. En esta casa que tiene para mí tantos recuerdos amorosos. Aquel espejo es el que yo le regalé el día de mi santo. Allí están los jarrones que le compré la noche de su beneficio. Ese es el reloj que tuve que sacar del Monte de Piedad. En esta

butaca (*La de la izquierda.*) le dí mil pesetas el día antes de marcharme á Filipinas. No hay mueble ni objeto en esta casa que no conserve para mí algún recuerdo agradable. ¡Y parece que no han pasado seis años! Todo está lo mismo..... es decir, casi lo mismo. Echo de menos algunos muebles.... Y la colocación de otros no es la misma que tenían en mis tiempos. El *bureau* estaba allí, junto á la ventana..... y esta butaca, la mía (*La coge y la coloca á la izquierda de la chimenea.*) al lado de la chimenea. ¡Las siestas que yo he echado aquí al amor de la lumbre, mientras ella volvía del ensayo! Dos retratos..... (*Viendo los que están sobre la repisa de la chimenea.*) ¿De quién serán? (*Coge uno y lee la dedicatoria.*) "A mi queridísima esposa."—¡Caracoles!—"De su Pepe."—¿Quién será este Pepe? A ver este otro. ¡De mujer! ¡Y muy bonita! (*Leyendo la dedicatoria.*) "A mi queridísimo Pepe. De su esposa." ¡Ah! ¡Vamos!..... Este es algún matrimonio amigo de Tula. Artistas, indudablemente. El tiene cara de tenor cómico. ¡Y yo que había creído!..... ¡Quíal Tula es fiel. Ya me lo ha asegurado la muchacha. Podrá engañar á otros; pero lo que es á mí..... Me parece que la mujer que ofrece una misa á San Roque para que no me dé la fiebre amarilla, es que está enamorada de veras. Abren la puerta. (*Se levanta y va á la puerta del foro.*) Ella, sin duda. Me haré el dormido como cuando volvía del ensayo. (*Se sienta en la butaca de espaldas á la puerta.*) Siempre me despertaba con un pellizco. (*Finge que duerme.*)

ESCENA VI.

DON FRANCISCO y BERNARDO por el foro con una escoba.

BERN. [*Dentro.*] Sí, señora, sí; basta que yo lo diga.

FRAN. Habla con el portero. ¡Es la voz de Bernardo! ¡El simpático Bernardo!

BERN. [*Dentro.*] ¡El demonio de la bruja! ¡Pues no se em-